

EN EL CINCUENTENARIO

QUIZÁ PAREZCA SUPERFLUO —o excesivo— pretender repasar, una vez más, el mensaje de *Ariel*, la validez de su enseñanza. Y no lo es. Los cincuenta años transcurridos, aunque aportaron valiosos enfoques —uno, de Emilio Oribe, concibe la obra de Rodó como una *Paideia* americana— no han eliminado tradicionales malentendidos, cuya persistencia arroja luz lamentable sobre la inconexión de nuestra cultura.

El más insigne de ellos —fuente, asimismo, de muchos otros— es el que enjuicia la obra imaginándola repertorio de soluciones prácticas para los problemas americanos, cuando en realidad sólo propone —modesta y profundamente— trasladar las cuestiones del día, de todos los días, a un plano de consideración futura, proyectándolas sobre el porvenir, examinándolas (como se ha escrito) *sub specie aeternitatis*. El porvenir es el ámbito en que se piensa *Ariel*. Los que cotejan sus páginas con las realidades de América —o mejor: de ciertas zonas de América— no advierten la clave en que están escritas.

En el mismo tipo de error han recaído los que sobrevalorizan la censura a Norteamérica. No es posible exagerar las cuidadas proporciones del discurso. Apenas una sexta parte está dedicada al tema y en la misma la censura aparece precedida por el rechazo (muy justificado) de la *nordomanía* y por el elogio de las virtudes del adversario. El propio Rodó intentó anticipar (y despejar, por consiguiente) el malentendido al publicar en la prensa —antes que apareciera la obra— una advertencia: *No es exacto que el tema principal de la nueva obra sea, como se ha dicho, la influencia de la civilización anglo-sajona en los pueblos latinos. Sólo de manera accidental se hará en el libro un juicio de la civilización norteamericana.*

Esto no significa que la censura no sea acre. O, lo que es mucho más grave, que no sea injusta. Ya que Rodó no tuvo presente este principio o regla de oro que fijara oportunamente un pensador contemporáneo: *La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperi-*

dad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ellas son posibles. (La frase es del mismo Rodó; está —ya se sabe— en *Ariel*.)

Si se ha exagerado la importancia real o textual de su censura es por lo que ella implica virtualmente. Y aunque Rodó apenas alude a la guerra de Cuba (*Su grandeza titánica se impone así, aun a los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter o por las violencias de su historia*), todos los lectores del 900 leyeron entre líneas la denuncia del enemigo. Pero el hecho de que Rodó haya soslayado el punto debió provocar la reflexión. Hoy resulta claro este silencio: Rodó temió más la dominación cultural que el imperialismo militar. Otros textos permiten asegurar (con Real de Azúa) que no sospechó el imperialismo económico.

Esta es la parte perecible de *Ariel*, la que no tiene vigencia, la que leyeron sus contemporáneos y ya no cabe leer. Queda intacto, sin embargo, el centro del discurso: la urgencia de un programa para toda generación ascendente; el optimismo paradójico que se edifica sobre la lucidez y la realidad; la concepción plena, integral, del hombre; la eficacia moral de la educación estética; la previsión de una democracia que no excluya la selección y la jerarquía natural; la confianza en el porvenir de América. Queda en pie, sobre todo, la actitud espléndida del pensador. Superando limitaciones normales de su época, proyecta su visión sobre una perspectiva universal y concibe América —su América— como heredera de la cultura occidental y la quiere realizándose en tal sentido. Su visión profética no se empaña aquí. Y si pudo equivocarse en el detalle al afirmar que era vana la pretensión de los Estados Unidos a la hegemonía del mundo, no se equivocó al concebir la América del porvenir, de nuestro porvenir.

El discurso de sus veintinueve años —de la madurez de su juventud— adquiere una particular densidad cuando se advierte que es apenas el pórtico de la obra futura. Allí están los fundamentos de *Motivos de Proteo*, y aunque los manuscritos no lo confirmaran minuciosamente, la atenta lectura de ambas

obras descubriría la simultaneidad de concepción. El hombre cuyo programa vital traza *Ariel* es el que dibuja la clara intimidad de *Proteo*. En el discurso están los temas que se desarrollarán luego: la vocación, la voluntad; incluso están allí la técnica de composición sucesivamente expositiva y parabólica (la novia enajenada, el rey hospitalario, el esclavo filósofo). ¿Y qué es toda la obra sino una majestuosa, inagotable, parábola?

PROPÓSITO

EL CINCUENTENARIO DE ARIEL es, también, el de la generación del 900. Por eso, y sin desconocer la validez muy particular de ese texto, ha parecido más oportuno dedicar este NÚMERO al examen de los rasgos fundamentales del grupo entero —cuya significación no ha sido superada en nuestra literatura— desde la doble perspectiva que suponen los cincuenta años y otra nueva generación.